

Te pintaré la escena: Abrimos la Biblia y elegimos el libro de Ruth que a tí te gusta tanto. Yo comencé a leer el capítulo II: «Y Ruth la Moabita dijo a Noemi...» No pude continuar... Recordé las épocas de la cosecha del maíz cuando íbamos a llevar un cántaro de agua fresca a los peones y yo me ponía a ayudarles, y entonces tú me llamabas Ruth la Moabita... Después levanté mis ojos para mirar tu asiento y el de tu hermanito Juan. Qué vacíos estaban, Santo Dios!

Olvidarás tú alguna vez las noches de lección? La gran cocina, tú, el maestro, Juan y yo en torno a la mesa; mi madre trabajando afanosa, tu tía Elisa desmotando algodón en una esquina y el tío Jacinto sentado en su taburete mirándonos sonriente. No sé por qué recordé enternecida, cómo el fuego hacía pasar relámpagos sobre la cabecita dorada de Juan, y sentí un deseo inmenso de tenerla allí cerca para besarla y pasarle mis manos. No pude disimular mi pena y comencé a llorar... El maestro miró largamente los asientos vacíos y lloró también, y mi madre que estaba allí cerca haciendo el pan, también, y el tío Jacinto también y *Chumeca* llegóse hasta mí moviendo la cola, me lamió las manos y sus ojos me parecieron muy tristes. Debías haberte llevado a Chumeca, Andrés; el pobre perro se va a morir de pena. Ah! estos asientos vacíos que para mí lo estarán siempre aun cuando en ellos se sienten los reyes de España en persona!

Todos los días arreglo tu cuarto y pongo flores nuevas. Todavía encuentro cuando voy a la montaña con hermano Lupe, tricopileas florecidas. Así, el vaso de tu mesa aun se adorna con tu flor predilecta y al entrar se siente su olor... ese olor que siempre me hace suspirar porque pienso en tí que ya no estás conmigo. Muchas noches me recojo en tu cuarto sin que me sientan. Voy a hacer compañía a tu violín que ha quedado tan solo. Pobre amigo tuyo y cuánta falta le has hecho! No le perdono a tu padre que te prohibiera llevarlo contigo... Cuántas mú-

sicas dulces duermen en sus cuerdas lo mismo que duermen en mi boca las risas y los cantos desde que tú partiste! Si tú volvieras, sería para tu violín y para mí, como si el sol saliese: músicas, risas y cantos temblarían en el aire y lo llenarían todo! Pobre Lucía y pobre violín que se han quedado sin la mano que hacía brotar de ellos la música que en cerraban sus almas.

Sabes en qué pienso cuando veo tu violín? En un muertecito acostado en su ataúd negro. Yo lo acaricio y le cuento que me estoy muriendo de dolor porque tú te has ido. Figúrate que la otra noche, cuando entré, había un rayo de luna muy delgado que se metía por una rendija y pasaba oblicuamente sobre las cuerdas. Sabes qué parecía? Un arco de plata que una mano invisible sostuviera sobre las cuerdas para hacerlas cantar. Más tarde, soñé que el arco de plata arrancaba de tu violín unas músicas muy tristes, pero que llenaban el corazón de felicidad, y yo veía esas músicas brotar bajo el arco como hilos finísimos de seda que subían y subían y se iban a prender en las estrellas.

Ya te debo tener aburrido, Andrés, pero has de creer? no quiero decirte adiós todavía. Espera, deseo estar otro ratito conversando contigo.

Tu yegua alazana ya tiene cría. Vie-ras que monada de potranquillo! no te enojas, pero tiene un modo de sacudir la cabeza y echar hacia atrás el mechón de crin que le cae sobre los ojos muy parecido al que tu haces cuando porque algo te incomoda echas atrás el tuyo. Muy a menudo voy a molestarlo, sólo por verlo hacer este movimiento.

Mira, las tortolitas que venían a comerse la sal que dejan las vacas en el patio, todavía vienen. Esta mañana las he estado viendo ir y venir moviendo sus pequeñas patas rosadas. Siempre el macho es más egoistón! Sólo él quiere comer... Yo recordé como te enojaba eso!

He ido varias veces al pueblo y he regresado por la calle de la escuela. El otro día me detuve a mirar por la ventana. Ay! Andrés! Allí está el banco